

ROSCO

María V Dicándilo



ROSCO

Capítulo 1

Son las dos de la tarde y es la tercera vez en una semana que mi meditación se ve interrumpida por un niño malcriado que no deja de llorar. No comprendo como un padre puede dejar a su hijo llorar 9 horas sin ni siquiera intentar algo que lo logre calmar.

Eso es lo que pensé, cuando perturbada por mis Maliciosos pensamientos decidí respirar profundo y continuar con mi meditación. Sin lograrlo.

La culpa comenzó a punzar en mi cabeza, quizá el pequeño tenía algún déficit cognitivo o daño cerebral que lo llevaban a repetir interrumpidamente gritos de bronca y dolor. Pero realmente ¿estaba solo?

Recogí mi cabello, como quién se prepara para encontrar algún vecino improvisado en el medio del corredor; abrí la puerta de mi pequeño departamento con el fin de saber si los llantos venían de mi edificio y de ser así de qué departamento, pero al abrirla los sollozos cesaron.

Confundida, cerré la puerta; me asomé por la ventana e intenté escuchar al niño; no se percibía más que el soplar del viento.

Sin ganas de volver a meditar y sin saber qué hacer me senté en el suelo y apoyé la espalda en la pared lindante al departamento contiguo. Los quejidos de tristeza se hacían eco en mis oídos directamente desde allí, y ahí supe que El Niño era mi vecino y que efectivamente estaba solo.

Aclarando mis ideas recordé que A la mañana temprano se lo escucha correr en el departamento, luego llora de a ratos y de a ratos asumo que duerme ,o simplemente se queda en silencio; al atardecer se escucha un portazo y él grita de alegría.

Decidí volver a abrir la puerta de mi departamento y hablarle por detrás de la suya, sus pasitos no tardaron en arrimarse del otro lado.

Èl no puede salir y yo no puedo entrar, pero todos los días a las tres de la tarde nos reunimos a jugar. Nos separa la puerta detrás de la que Rosco espera ansioso que su dueño vuelva de trabajar.